

# Chiqui, Negrito y el Gran Bosque

Tomás, Caty, mamá, papá y Chiqui estaban de vacaciones. Era verano y Ben, el hermano menor de la mamá, los había invitado a su granja en el campo.

A Caty y a Tomás les encantaba ayudar al tío Ben con las tareas de la granja. Ordeñaban a las cabras y cuando recolectaban los huevos de las gallinas, jugaban a ver quién encontraba más.

Hoy era un día especial: la enorme labradora negra del tío Ben había tenido una camada de cachorros y ya eran lo bastante grandes para llevarlos al pueblo para venderlos.



—Oh, papá, ¿podemos quedarnos uno, por favor? —preguntó Caty mirando a los cachorros que el papá había metido en una caja.

—¿Y qué pasa con Chiqui? —preguntó el papá.

—Chiqui es la mascota de Tomás —respondió Caty mientras acariciaba a un cachorrillo negro muy gracioso.

Papá y mamá se miraron el uno al otro y sonrieron.

—Está bien —accedió mamá—, pero asegúrate de cuidarlo bien y que no le dejarás vagar por el bosque. Todavía es pequeño y podría perderse muy fácilmente.

Enseguida Caty eligió uno de los cachorritos de la camada y le puso por nombre Negrito, porque era totalmente negro.

—¡Cuidaré bien de Negrito! —dijo Caty.

—Yo también ayudaré —exclamó Tomás.



Papá y el tío Ben viajaron al pueblo cercano para buscar hogar a los otros cachorritos, y Caty y Tomás se apresuraron a hacer las tareas con que se habían comprometido. En cuanto las acabaran, podrían salir a jugar con el nuevo cachorro.

Cuando terminaron sus tareas, la mamá les dio permiso para jugar afuera.

—Vuelvan cuando escuchen la campana de la cena.

Caty llevó con mucho cuidado a Negrito afuera. Tomás y Chiqui los siguieron. Pasaron el gallinero, el corral de las cabras, el establo de los caballos y llegaron al límite de la granja del tío Ben.

Jugaron con Negrito, lanzando palitos y enseñándole cómo traerlos de vuelta para volver a tirárselos. Chiqui también jugó con Negrito persiguiéndolo y dando volteretas. Caty les había traído a ambos algo para comer.





Parecía que tan solo habían pasado unos minutos cuando escucharon a mamá tocar la campana del porche.

—Mamá dijo que regresáramos cuando sonara la campana de la cena —dijo Caty.

—Vaya. Si apenas hemos tenido tiempo de jugar —exclamó Tomás.

—Bueno, juguemos unos minutos más —dijo Caty mientras recogía un palito y lo lanzaba lo más lejos que podía.

Negrillo salió brincando tras el palito, pero en lugar de recogerlo y regresar, corrió hacia el bosque y no se detuvo. Caty le gritó que se detuviera y Tomás corrió tras él hasta que llegó al comienzo del bosque. No veía a Negrillo por ningún lado, y Chiqui ladraba al oscuro bosque.



Tomás empezó a correr de nuevo, pero Caty, recordando la advertencia de su padre de que el bosque era un lugar peligroso le gritó:

—¡No, Tomás! ¡No entres al bosque tras él!

Tomás avanzó un poco más, luego se dio la vuelta y regresó:

—No veo a Negrito por ninguna parte.

—Deberíamos haber regresado cuando sonó la campana de la cena —dijo con tristeza Caty.

Echaron un vistazo y esperaron unos minutos, pero Negrito no aparecía por ninguna parte. Abatidos regresaron a casa donde aguardaba mamá.

Caty le explicó entre lágrimas que Negrito se había internado en el bosque y no había regresado. Ambos estaban muy arrepentidos de no haber vuelto a casa cuando debían.



Esa noche, mientras cenaban, escucharon truenos. Poco después, la lluvia repicaba contra los cristales de las ventanas.

Antes de irse a dormir, Caty rezó: «Señor, por favor protege a Negrito. Te ruego que le ayudes a regresar a casa sano y salvo.» Tomás susurró un amén.

Temprano a la mañana siguiente, el gallo cantó, y Tomás y Caty ayudaron al tío Ben a ordeñar las cabras y recoger los huevos de las gallinas. Pero en esta ocasión, no se apresuraron para ir a jugar como siempre.



Tomás y Caty pensaban en Negrito, en el bosque, la lluvia, y que la próxima vez obedecerían de inmediato cuando mamá les pidiera que hicieran algo. Y entonces escucharon a Chiqui haciendo alboroto en el gallinero.

—Chiqui debería saber que no hay que molestar a las gallinas —murmuró Caty para sus adentros mientras caminaba hacia allí para ver qué sucedía.

Siguió los ladridos emocionados de Chiqui hasta un rincón del gallinero, echó un vistazo y... ¡allí estaba Negrito! Mojado, sucio y con frío, pero sano y salvo.

— ¡Es Negrito! —gritó Caty a Tomás—. ¡Negrito ha vuelto a casa!





Caty alzó al cachorrito y lo sostuvo en brazos.

Tomás se unió a Caty y Negrito. Mamá, papá y el tío Ben escucharon toda la conmoción y salieron a ver qué sucedía.

—Jesús respondió nuestra oración —dijo Tomás acariciando la cabeza de Negrito.

Caty estaba muy feliz. Y a partir de ese día, cuando la mamá pedía a Caty y a Tomás que vinieran a cenar, Caty y Tomás, Negrito y Chiqui, corrían para ver quién llegaba primero a casa.

**Fin**

